CAPÍTULO XL.

La conmemoracion del treinta de abril.

En dicho dia del año 1849, un sargento estrangero á quien se habia arrestado, fué conducido á presencia del comandante de los Gianicolo; habia caido en una emboscada en la noche anterior, y como le dijeran los curas que los defensores de Roma eran unos asesinos, rogó de rodillas á los que se constituian en sus jueces que le perdonáran la vida.

El comandante estendió su mano derecha para levantar al prisionero, á quien trató con la mayor amabilidad, y dijo á uno de sus oficiales:

—Este es un buen presagio, ya veis que el estranjero se postra ante nosotros, como reconociendo nuestro derecho; me parece que la victoria será nuestra.

En efecto, el ejército estranjero que desembarcó en Civita Vecchia, apoderándose por traicion del puerto, al presentarse como amigo, avanzó luego sobre Roma, persuadido de que el pueblo romano era cobarde, pero derrotado luego por las tropas

de las metrópolis, hubo de retroceder vergonzosamente hácia el mar.

El 30 de Abril fué un dia glorioso para Roma y todo buen romano conservará eternamente esta fecha en la memoria, pero ¿cómo era posible conmemorarlo cuando hormigueaban por todas partes los enemigos? Solo en la pequeña ciudad de Viterbo no habia fuerza armada, y por esto los habitantes hicieron sus preparativos para celebrar el aniversario de la espulsion del estranjero, pero si allí no habia tropas, no faltaban en cambio numerosos espías, los cuales dieron cuenta inmediatamente al gobierno de lo que pasaba.

El comité nombrado al efecto habia formado un programa segun el cual debia suspenderse á medio dia el trabajo, y todos los jóvenes, con su traje de fiesta y una cinta tricolor en el brazo, irian á reunirse en la plaza de la Catedral para dirigirse en procesion á la Puerta Romana y saludar desde allí á la antigua reina del mundo.

Alarmado el gobierno romano al saber esto, envió á Viterbo apresuradamente un cuerpo de tropas estranjeras con órden de impedir la manifestacion á toda costa, pero ignorando que se hubiese tomado semejante medida, los habitantes de la pequeña ciudad comenzaron su fiesta, sin acordarse por el momento de su prolongada esclavitud. Celebróse la ceremonia del saludo en la Puerta Romana á despecho de las autoridades, y la procesion volvia en buen órden precedida de una banda de música que tocaba himnos nacionales, mientras que las señoras agitaban sus pañuelos desde los balcones, mas entusiasmadas aun que los hombres, cuando de pronto vióse avanzar á paso de carga, con bayoneta calada, á una columna de tropas estranjeras. Hasta entonces la ciudad, apesar de hallarse dominada tambien por el clero, habia celebrado pacíficamente el aniversario de aquel dia memorable, pero cuando los

soldados invadieron las calles, por donde circulaban aun numerosos grupos, y se presentó un delegado de la policía intimando al pueblo á que se retirára, comenzó á reinar cierta agitacion y algunos apedrearon á los agentes, quienes refugiándose entre los soldados, les gritaron que hicieran fuego. El miserable delegado dió sin duda esta órden con el objeto de vengarse, y tambien para ver si obtenia alguna condecoracion, pues sabia que matando gente es como se consigue antes, mas reflexionando despues que podria ser á su vez una víctima del ódio del pueblo, previno á los soldados que cargáran á la bayoneta.

Los habitantes de Viterbo, que como todos los ciudadanos de Roma, habian recibido órden del comité revolucionario de no adoptar medidas hostiles, no estaban preparados para la lucha, y por lo tanto, dispersáronse rápidamente, refugiándose en sus casas á favor de la oscuridad, pues ya iba acercándose la noche, de modo que la carga no tuvo efecto, á despecho de los intrépidos campeones del clero.

A eso de las diez reinaba completa tranquilidad en Viterbo; las tropas se hallaban descansando en la plaza sobre *los laureles conquistados en su reciente victoria,* y ya no se veia en las calles ni un solo ciudadano. En la fonda de la *Luna* acababa de sonar la campana llamando á los huéspedes á comer en la mesa redonda, y precisamente en aquel momento se detuvo á la puerta un carruage de cuatro caballos, del cual se apeó una viajera. Por su ligereza en el andar, conocíase que era jóven, y habiéndose acercado el dueño del establecimiento respetuosamente para preguntarla si queria que se la sirviese en su habitacion, contestó que mientras se la preparaban comeria en la mesa redonda.

La sala estaba completamente llena, pero la mayor parte de los que allí habia eran oficiales de los que acababan de llegar con la columna, si bien no faltaban italianos y algunos estranjeros, con-

La conmemoracion del 30 de Abril.

tándose asimismo varios habitantes de Viterbo aunque en muy escaso número. Al entrar la viajera, que no era otra sino nuestra amiga Julia, todos fijaron en ella sus miradas con admiracion, pues verdaderamente estaba muy hermosa, y la sentaba muy bien esa espresion de altivez que distingue á las mujeres de su raza. Todos se apresuraron á ofrecerla un asiento; los italianos con la mayor finura y cortesía, y los oficiales retorciéndose el mostacho y dandose importancia con aire conquistador.

El dueño de la casa, que estaba sentado á la cabecera de la mesa, elegantemente vestido, rogó á la hermosa inglesa que tomara asiento á su lado, y Julia aceptó con una sonrisa, mientras los oficiales ocupaban los mejores asientos para estar mas cerca de la viajera. Al observar Julia que á su derecha habia un clérigo, comenzó á sentir el haber aceptado aquel asiento, mas al mirar al rededor de la mesa, vió de pronto á Muzio que la observaba fijamente. A su lado estaban Attilio y Horacio, pero con su traje de viajeros tenian un aspecto tan distinto, que Julia no los habia reconocido en un principio. ¿Qué deberia hacer? Su deseo era acercarse á ellos para hacerles mil preguntas, pero ¿cómo podria hacerlo sin excitar sospechas cuando todas las miradas estaban fijas en ella?

Por lo que hace á Muzio, el huérfano, el proscrito, el hombre que hubiera dado por Julia hasta su vida, esperimentó una dicha inefable al ver á su amada, pero su alegría se convirtió en una profunda pena al notar que cerca de su adorada, de la única mujer que habia querido en el mundo, se hallaba un oficial estranjero á cuyas atenciones tenia que corresponder cuando acaso aquel hombre, instrumento del despotismo, habria teñido ya sus manos en sangre romana. Vosotros, los que amais á una noble jóven, ¿no habeis notado que su presencia basta para infundiros valor y arrostrar cualquier peligro? Y al ver que un hombre indigno la pro-

diga atenciones, ¿no habeis sentido nunca el deseo de castigar al insolente aunque para ello tuvierais que sacrificar diez vidas? El que no lo haya esperimentado debe ser un cobarde, es decir, lo que mas desprecia una mujer; esta podrá perdonar una falta, pero jamás olvida una cobardía.

Muzio sentia arder la sangre en sus venas, y ya comenzaba á cegarle la cólera; si se hubiera dejado llevar de su primer impulso, acaso habria provocado al estranjero, pues sus ojos lanzaban llamas, pero Julia que no le perdia de vista, y á quien no se ocultaba lo que pasaba en el alma del jóven, dirigióle con disimulo una mirada que bastó para calmarle.

Al servirse los postres, los oficiales estranjeros comenzaron á discutir sobre los asuntos del dia, y segun costumbre, hablaron con desprecio del pueblo romano, lo cual fué causa de que Julia se levantase disgustada, dando órden de que la condujeran á su habitacion. Nuestros tres amigos ardian en deseos de besar su mano, y acababan de hacer un movimiento para levantarse, cuando de pronto resonó una carjada en el círculo de los oficiales estranjeros, uno de los cuales acababa de permitirse una broma que excitó la hilaridad de sus compañeros. Muzio y sus amigos no lo oyeron todo, pero llegaron á sus oidos estas palabras: «Yo creia que habia venido á Viterbo para batirme con hombres, pero veo que aquí solo hay conejos que se han refugiado en sus cuevas apenas nos han visto; ¡diablo! ¿Dónde están esos liberales que meten tanto ruido?

Attilio que estaba aun de pié recogió sus guantes y los de sus compañeros, hizo con ellos una especie de pelota y la arrojó con fuerza al rostro del que acababa de pronunciar aquellas palabras.

—¡Oh! esclamó el oficial ¿qué diablos es esto?

Y recogiendo los guantes, añadió al ver que habia seis: ¡ola!

me desafian tres enemigos! Ved ahí otra prueba de la bravura de los italianos! ¡Tres contra uno! ¿Qué os parece?

Estas palabras fueron acogidas con una nueva tempestad de carcajadas, pero cuando se hubieron cansado de reir los estranjeros y se restableció la calma, grito Muzio en voz alta:

—Señores, aquí somos tres contra todos los que se atrevan á insultar á los italianos.

Y al decir estas palabras, levantáronse los tres amigos y dirigieron una mirada de reto á los oficiales estranjeros que no pudieron menos de fijar su atencion en aquellos tipos dignos del cincel de Miguel Angel.

Las palabras de Muzio produjeron efectos distintos en los circunstantes; los italianos que estaban en la mesa sonrieron dirigiendo una mirada de aprobacion á los defensores de la pátria, mientras los estranjeros quedaron absortos por un momento, contemplando la gracia personal, la varonil belleza y el marcial aspecto de aquellos tres hombres, pero pasada esta primera impresion, uno de los mas jóvenes esclamó con sarcasmo:

—Amigos mios, propongo un brindis; bebamos por la suerte de haber encontrado al fin enemigos dignos de nosotros en este país.

—Yo brindo porque Roma se vea libre de la canalla estranjera, contestó Horacio.

Estas palabras parecieron á los oficiales demasiado insultantes para no contestar á ellas, y llevaron la mano á la empuñadura de sus espadas, pero uno de sus compañeros, de mas edad que los otros, dijo con gravedad levantándose de su asiento:

—Amigos mios, no seria prudente dar un escándalo aquí, ni debemos turbar la paz de la ciudad cuando hemos venido á restablecer el órden. Al amanecer, si os parece, podremos avistarnos con esos señores tan pendencieros, y lo que debemos procurar es que no nos priven del honor de medir nuestras armas con las suyas.

—Es demasiada fortuna encontrar una oportunidad para combatir á los enemigos de Italia, y por lo tanto, no la dejaremos escapar, contestó Attilio. Si no teneis en ello inconveniente, permaneceremos juntos hasta la hora del encuentro.

Aceptada esta proposicion, los estranjeros mandaron traer tinta y plumas á fin de estender papeletas con sus nombres y ver á quien tocaria la suerte de batirse, y entre los italianos, tres caballeros se ofrecieron á ser padrinos. Faltaba solo la eleccion de armas, y al discutirse este punto, se acordó que los combatientes dispararan primero sus revolwers á la distancia de quince pasos, batiendose luego con espada y daga los que no sucumbiesen en el primer encuentro, atendido que el duelo debia ser á muerte.

Convenidos todos en estas condiciones, sacáronse tres papeletas de un sombrero que hacia las veces de urna, y vióse que la suerte tocaba á un tal Foulard, capitan francés, á un español del partido carlista, llamado Sanchez, y á Haynau, oficial austríaco. Los padrinos se ocuparon durante el resto de la noche en examinar las armas, á fin de que no hubiera la menor ventaja ni por unos ni por otros.

CAPITULO XLI.

El duelo.

Los primeros albores de la aurora comenzaban á iluminar la cima del monte Viterbo, cuando doce hombres embozados en sus capas atravesaron el escabroso camino que conduce al bosque, y desaparecieron entre los árboles. Todos andaban silenciosos y no se detuvieron hasta llegar á una esplanada rodeada de árboles, como las que se encuentran con mucha frecuencia en el centro de los bosques de Italia, pero una vez en aquel lugar solitario, donde iba á representarse un drama sangriento, los respectivos padrinos midieron las distancias, y los adversarios fueron á ocupar su puesto.

Ya se habia dado la segunda palmada, é iba á comenzar aquel duelo á muerte, cuando de pronto se oyó el toque de una trompeta, y pocos momentos despues, vióse avanzar por el camino que conducia al bosque una compañía de soldados estranjeros al servicio del Papa, seguidos del delegado Sempronio y algunos de sus agentes.